

Al querer unirse a las celebraciones que se han venido realizando con motivo de los cuarenta años del Concilio Vaticano II, nuestra revista presenta las ponencias pronunciadas en el Simposio "El Concilio Vaticano II, 40 años después. Una visión prospectiva", celebrado en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana el 12 de septiembre del presente año.

Sean las palabras de inauguración de tan solemne acto las que nos sirvan como editorial de este número.

El acontecimiento del Concilio Vaticano II, vivido desde el 11 de octubre de 1962 hasta el 8 de diciembre de 1965, ha significado un cambio sin precedentes para la historia de la Iglesia y de la humanidad en términos del sentido de la vida cristiana. Hoy, cuarenta años después, nuestra mirada a los documentos conciliares nos lleva a constatar cuánto nos queda por hacer en este camino que hemos de recorrer en nuestra Iglesia peregrina.

El papa Juan XXIII convocó y presidió el acto inaugural del Concilio. A diferencia del concilio de Trento, 400 siglos atrás, los conciliares no eran 258, sino 2.540. Dado el proceso que preparó el Concilio, tanto la apertura en la diversidad ideológica y religiosa de los convocados como en el abanico de temas tratados, hacen que el Concilio sea un acontecimiento de originalidad única. El Concilio Vaticano II se constituye así en el evento de reforma más profunda y abarcadora hasta ahora llevada a cabo por la Iglesia.

El papa Pablo VI presidió la solemne ceremonia de clausura del Concilio, en la plaza de San Pedro. Elegido

Papa, el 21 de julio de 1963, en la primera etapa conciliar, 18 días después de la muerte de su antecesor, protagonizó y testificó como cabeza todo el proceso y la vivencia conciliar. Los documentos conciliares fueron el resultado del juicioso trabajo de peritos y expertos en los diferentes temas y del delicado proceso de discernimiento de los conciliares. El Concilio Vaticano II es entonces un evento de universal representación episcopal, de un movimiento amplio que cobija toda la Iglesia en sus diferentes dimensiones, niveles y aspectos.

A diferencia de otros concilios –caracterizados por la singularidad de su convocatoria producida por alguna desviación o herejía, la particularidad del tema o temas tratados, marcados por la doctrina, la delimitación de causales y consecuencias, muchas de ellas muy elementales, particulares y regionales–, el Concilio Vaticano II afrontó realidades problemáticas, nunca antes tratadas, impensables para un ámbito conciliar, tales como la libertad y los derechos fundamentales del hombre, varón-mujer, tan oprimidos y amenazados; la fuerza cada vez mayor de la creación y sofisticación en el uso de las armas, presagio amenazante del exterminio de la humanidad; la creciente pobreza, grito desgarrador de una gran parte de los habitantes de la Tierra; la preocupación por anudar los diferentes grupos cristianos, empeño real de acción en la búsqueda de unidad.

Los textos conciliares fueron resultado de un tejido muy amplio donde convergieron variadas tradiciones culturales y teológicas alrededor de la universalidad de los temas. La revelación, la Iglesia, los sacramentos y la liturgia, la vida consagrada, los laicos, los estudios en el entorno eclesial, las otras comunidades cristianas, las otras religiones, los medios de comunicación social, el diálogo fe y cultura, realidad e Iglesia, ciencia y fe. Todos ellos fueron configurando los 16 documentos conciliares cuya totalidad de lo vivido está en las *Acta Synodalia*: 80 tomos

en 26 volúmenes son testigos de este fenómeno inédito para la humanidad.

Hoy, cuarenta años más tarde, hemos querido realizar este simposio sobre el Concilio Vaticano II, con mirada prospectiva, como acto de homenaje a una Iglesia que protagonizó y nos legó lo que ha sido el derrotero y marco de acción de estos cuarenta años de historia. Hemos querido dar una mirada esperanzadora; de ahí que más allá que una fijación en el diagnóstico y en la trayectoria conciliares, nuestro énfasis será en lo que tenemos por realizar, el camino que hemos de recorrer, lo que todavía hemos de crear y construir.

Muchos cristianos, laicos, religiosos, presbíteros, jerarcas, hombres y mujeres de ciencia desconocen el Concilio; generaciones enteras ignoran los hechos ocurridos y aun el contenido de los documentos conciliares. Para las generaciones actuales el Concilio pertenece a la historia de un pasado sepultado. La fuerza vital emanada del Concilio Vaticano II es aún débil. De ahí la supervivencia de una cristiandad preconiliar que evitando todo riesgo y temerosa ante todo cambio, insiste en la fuerza tridentina de una teología hoy ya superada.

EL MOVIMIENTO RENOVADOR DEL CONCILIO

Desde el mismo momento en que se produjo la decisión de Juan XXIII de convocar el Concilio se presentó una línea innovadora: algo nuevo nacía, una semilla que removería lo ya existente. De ahí las reacciones suscitadas de sorpresa, asombro y escándalo en algunos miembros de la Iglesia, luego de aquel 25 de enero de 1959, cuando el Papa dió a conocer su propósito de convocar un concilio.

La renovación está en el origen mismo de la gestación del Concilio. La preocupación pastoral de Juan XXIII se manifestaba en todo su ser y actuar. De ahí el deseo de hacer entrar a la Iglesia en la historia y la sociedad del siglo XX. La Iglesia no sería más una ciudad petrificada en

el cemento o un museo protector de sus reliquias, sino un jardín siempre florecido. De igual manera, Pablo VI, conoedor del ritmo del Concilio y de las tensiones existentes, aseguraría la continuidad renovadora de su antecesor y aportaría con humildad, lucidez y valentía el impulso vital de reflexión, decisión y acción hacia una Iglesia profética adaptada al mundo.

Ahora bien, el Concilio no es el resultado de estos dos hombres, por grandes que hayan sido. El deseo de los papas para responder a los problemas del mundo contemporáneo, en fidelidad a la tradición y en creatividad a los signos de los tiempos, necesitaba del concurso de todo el cuerpo episcopal, de los teólogos, los expertos en los diferentes temas, los laicos, los hombres y mujeres de Iglesia que aportan desde los distintos lugares del mundo a tan magna empresa.

Es así como podemos enumerar 42 auditores laicos, 90 observadores no católicos representantes de 29 iglesias, 480 expertos. 44 meses se invirtieron en la preparación del Concilio Vaticano II, que se realizó a lo largo de 39 meses. Este nuevo Pentecostés para la Iglesia no reuniría el pequeño rebaño de la iglesia primigenia sino la multitud de la iglesia peregrina, luego de veinte siglos de historia.

Hoy, cuarenta años después del Concilio, estamos siendo testigos del paso de una Iglesia postridentina a una iglesia del Concilio Vaticano II. Ha sido un camino en verdad arduo y laborioso. Estamos siendo testigos de una Iglesia mucho más abierta e inserta en el mundo, de una revelación más histórica, de una posición de defensa y condena propia de la cristiandad, a una Iglesia que se construye desde el diálogo, la verdad, la eficacia del testimonio y compromiso evangélicos.

Quizás para muchos el Concilio Vaticano II es el gran desconocido, para otros el gran olvidado y para otros más no deja de ser incómodo e incomprensible. Por ello, en la

apertura de este simposio, quiero compartir las palabras de Juan Pablo II, quien al final de la carta *Novo millennio ineunte* afirma: "Después de concluir el jubileo, siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como la gran gracia que la Iglesia ha recibido en el siglo XX. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza." (57)

Animados por tales palabras les invito a que esta jornada de reflexión teológica sea una mirada esperanzadora hacia el futuro que hemos de realizar, como hombres y mujeres de Iglesia, en comunión y diálogo estrecho con el mundo, desde este caminar de nuestro continente latinoamericano.

Víctor M. Martínez Morales, S.J.

